

esta doctrina por odio á Roma y á los jesuitas, sin conocer la materia y sin entender cosa alguna en sus distinciones é interpretaciones. Las mujeres, mujerzuelas y hasta las camareras se harían descuartizar por ella. Este partido se ha engrosado con la gente honrada del reino que detesta las persecuciones y la injusticia.» Por eso al dimitir y desfilarse fuera de palacio «en medio de una multitud infinita» los tribunales de la magistratura junto con los abogados, «dice el pueblo: *Esos son verdaderos romanos, los padres de la patria*, y se aplaude á los dos consejeros Pucelle y Menguy al pasar y se les arrojan coronas.» Incesantemente reanimada, la querrela entre el Parlamento y la Corte será uno de los botafuegos que provocarán la gran explosión final, y las pavesas que cuelgan bajo la ceniza, se utilizarán en 1791 al atacar el edificio eclesiástico. Pero en esta antigua hoguera no puede haber sino ceniza caliente, tizones sofocados, alguna vez chisporroteos y fuegos fugaces; por sí y en sí misma no es incendiaria. Su estructura encierra su llama y su combustible limita su calor. El jansenista es harto fiel cristiano para no respetar los poderes instituidos por Dios. El parlamentario, conservador por estado, se horrorizaría de invertir el orden establecido. Los dos combaten por la tradición y contra la novedad; por eso, después de haber defendido el pasado contra el poder arbitrario, lo defenderán contra la violencia revolucionaria y caerán en la impotencia el uno y en el olvido el otro.

II

De igual modo el fuego es tardo en la clase media, y para propagarse necesita antes que, por una transformación gradual, las materias refractarias se hagan combustibles. En el siglo XVIII se verifica un gran cambio en la condición del Tercer estado. El burgués ha trabajado, fabricado, comerciado, ganado, economizado y se enriquece más y más cada día. Puede fijarse en la época de Law, la fecha del gran resultado de las empresas, del negocio, de la especulación y de las fortunas; detenido por la guerra, se acrecienta más vivo y más fuerte á cada período de paz, después del tratado de Aix-la-Chapelle, en 1748, después del tratado de París, en 1763, y, sobre todo, á partir del reinado de Luís XVI. La exportación francesa que en 1720 era de 106 millones, en 1735 de 124, en 1748 de 192, es de 257 millones en 1755, de 309 en 1776, y de 354 en 1788. En 1786 Santo Domingo manda por sí sola á la metrópoli 131 millones de sus productos y recibe 44 mi-

llones en mercancías (1). Con estos cambios vense fundar en Nantes y en Burdeos casas colosales. «Tengo á Burdeos, dice Arturo Young, por más rica y comercial que cualquiera ciudad inglesa, exceptuando á Londres. En estos últimos tiempos los progresos del comercio marítimo han sido más rápidos en Francia que en la misma Inglaterra.» Según un administrador de la época, si la contribución de consumos rinde más cada día, es porque desde 1774 se desarrollan cada día más las diversas clases de la industria (2). Y este progreso es regular y sostenido. «Puede contarse, dice Necker en 1781, que el producto de todos los derechos de consumo aumenta en dos millones por año.» En este gran esfuerzo de inventiva, de trabajo y de genio, París que crece incesantemente es el taller central. Tiene mucho más todavía que ahora, el monopolio de todo lo que es obra de la inteligencia y del gusto, libros, cuadros, grabados, estatuas, alhajas, adornos, objetos de tocador, carruajes, muebles, artículos de curiosidad y de moda, recreos y adornos de la vida elegante y de sociedad; París es quien provee á Europa. En 1774 se valuaba su comercio de libros en 45 millones, y el de Londres sólo en una cuarta parte, según Aubertin, 482. Con los beneficios fórmanse muchas grandes fortunas, y otras medianas en mayor número aún, y buscan colocación los capitales así reunidos. Cabalmente se extienden para recibirlos las más nobles manos del reino, nobles, príncipes de la familia real, estados provinciales, asambleas del clero, y en primera línea el rey que, siendo el más necesitado de todos, toma prestado al diez por ciento y anda siempre en busca de nuevos prestamistas. Ya en tiempo de Fleury la deuda había crecido de 18 millones de renta, y durante la guerra de los Siete años asciende á 34 millones más. En tiempo de Luís XVI, M. Necker hace un empréstito de 534 millones, M. Joly de Fleury otro de 300, y otro de 800 M. de Calonne, ó sea un total de 1630 millones en diez años. El interés de la deuda, que sólo era de 45 millones en 1755, sube á 106 en 1776, y á 206 en 1789, según la *Historia parlamentaria* de Roux y Buchez, y también según la *Memoria* de Necker I, 376. Y todavía hay que añadir á esos 206 millones 15.800.000 para gastos é intereses de anticipos. ¡Cuántos acreedores suponen éstas pocas cifras! Y obsérvese que siendo el Tercer estado el único cuerpo que gana y economiza, casi todos esos acreedores pertenecen á él. Añádanse á ellos otros

(1) Arturo Young, II, 360, 373.

(2) De Tocqueville, 255.

muchos miles. En primer lugar los banqueros que anticipan fondos al Gobierno, anticipos indispensables, puesto que desde tiempo inmemorial se come el trigo antes de segararlo, y que siempre el año corriente roe anticipadamente el producto de las anualidades siguientes, anticiparon 80 millones en 1759 y 170 en 1783. En segundo lugar los numerosos proveedores mayores y menores, que desde todos los puntos del territorio tienen cuenta con el Estado por sus trabajos, y suministros, verdadero ejército que todos los días crece desde que el gobierno, arrastrado por la centralización, se encarga exclusivamente de todas las empresas, y que instado por la nación multiplica las que son útiles al público: en tiempo de Luís XV el Estado construye seis mil leguas de carretera y en el de Luís XVI, en 1788, para aliviar el hambre, compra grajo por valor de 40 millones.

En virtud de ese aumento de su acción y de este empréstito de capitales, se convierte en deudor universal; desde entonces, los negocios públicos ya no son únicamente los asuntos del rey. Sus acreedores se inquietan por sus gastos; porque el dinero que despilfarran es el suyo; si administra mal quedarán arruinados. Ellos bien quisieran conocer su presupuesto, comprobar sus libros; un prestamista siempre tiene derecho á vigilar su hipoteca. Hé ahí, pues, al burgués que levanta la cabeza y empieza á mirar de cerca la gran máquina, cuyo movimiento escondido á toda mirada vulgar, había sido hasta entonces un secreto de Estado. Se vuelve político y al mismo tiempo, descontento. Porque no puede negarse, estos asuntos en los cuales está tan interesado se dirigen mal. Un hijo de familia que administrara los suyos de igual manera, merecería que se le prohibiera su administración. Siempre en la administración del Estado el gasto sobrepujó al ingreso. Según confesión oficial, el déficit anual era de 70 millones en 1770 y de 80 en 1783; cuando se intentó reducirlo, fué por medio de bancarrotas; una de dos millones en los últimos tiempos de Luís XIV, otra casi igual en tiempo de Law, otra de un tercio y una mitad sobre todas las rentas en tiempo de Terray, sin contar las supresiones de detalle, las reducciones, los retrasos indefinidos de pago y todos los procedimientos violentos y fraudulentos que un deudor poderoso emplea impunemente contra un acreedor débil. «Cuéntanse cincuenta y seis violaciones de la fe pública desde Enrique IV hasta el ministerio de M. de Lomenie inclusive,» según Chapfort, -p. 105, y se percibe en lontananza una última bancarrota más espantosa que todas las de-

más. Muchos hay como Bezenpal y Linguet que la aconsejan en alta voz como una amputación necesaria y saludable. No sólo hay de ella precedentes, con lo cual el gobierno no hará más que seguir su propio ejemplo, sino que tal es su regla cotidiana, puesto que vive al día á fuerza de expedientes y moratorias, abriendo un agujero para tapan otro y sin salvarse de la quiebra sino con la paciencia obligada que impone á sus acreedores. Con él, dice un contemporáneo, no tenían nunca ninguna seguridad y era necesario esperar siempre (1). «Ellos colocaban sus capitales en los empréstitos, no podían contar en el pago de los intereses por una época fija. Construían sus buques, recomponían sus carreteras, vestían sus soldados, continuaban sin garantía por sus anticipos, sin vencimientos para su reembolso, reducidos á calcular las probabilidades de un contrato con los ministros como los de un préstamo á la guerra.» No se paga sino en el caso de poderse pagar y cuando se puede, hasta á la gente de casa, á los proveedores de la despensa, á los criados. En 1753, los domésticos de Luís XV hacía tres años que no habían cobrado nada. Hemos visto que sus palafreneros iban durante la noche á mendigar en las calles de Versalles, que sus proveedores «se ocultaban,» que en tiempo de Luís XVI, en 1778, se debían 792.620 francos al tabernero y 3.467.980 al proveedor de carne y pescado, como lo atestigua de Argenson. En 1788, los apuros son tales que el ministro de Lomenie, toma y gasta los fondos de una suscripción particular destinada á los hospicios; al momento de retirarse el Tesoro está exhausto, excepción hecha de 400.000 francos, de los cuales se mete 200.000 en el bolsillo. ¡Qué administración! Ante este deudor que se hace manifiestamente insolvente, todos los que de cerca ó de lejos están empeñados en sus negocios, consúltanse alarmados; son innumerables, banqueros, comerciantes, fabricantes, empleados, prestamistas de todas clases y de todas órdenes, en primera línea los rentistas que han colocado en casa de aquél todos sus haberes á renta vitalicia y que se verán reducidos á pedir limosna sino les paga cada año los 44 millones que les debe, los industriales y mercaderes que le confiaron su honor comercial y se horrorizarían de quebrar de rechazo; tras éstos, sus acreedores, sus dependientes, sus obreros, sus deudos, en una palabra, la mayor parte de la clase laboriosa y pacífica que hasta entonces obedecía sin

(1) De Tocqueville, 261.

murmurar y no pensaba en intervenir el régimen establecido. En adelante va á sindicarlo cuidadosamente, con desconfianza, con cólera, y desdichados de aquellos á quienes coja en falta, porque sabe que estos le arruinan al arruinar al Estado.

Al mismo tiempo ha ascendido en la escala social y en lo escogido de su clase, se reúne con los que están colocados á mayor altura. Antiguamente entre Dorante y M. Joardain, entre don Juan y M. Dimanche, entre el mismo M. de Sotenville y

Jorge Dandin la distancia era inmensa; trajes, habitaciones, costumbres, carácter, pundonor, ideas, lenguaje, todo era diferente. Ahora la distancia casi es insensible. Por una parte, los nobles se han aproximado al Tercer estado; por otra, éste se ha aproximado á los nobles, y la igualdad de hecho ha precedido á la de derecho. Al acercarse el año 1789 costaría distinguirlos en la calle. En la ciudad, los gentil-hombres ya no llevan espada; han dejado los bordados, los galones y se pasean con frac liso ó



La burguesía

corren en cabriolé guiado por ellos mismos. «La sencillez de las costumbres inglesas» y las costumbres del Tercer estado, les han parecido más cómodas para la vida privada. Su brillo les estorbaba, estaban hartos de estar siempre figurando. Desde entonces aceptan la familiaridad para estar más libres y sienten una satisfacción «en mezclarse sin fausto y sin trabas con sus conciudadanos todos.» Verdaderamente este indicio es grave y los antiguos espíritus feudales tenían razón de rugir. El marqués de Mirabeau, sabiendo que su hijo quiere ser su propio abogado no se consuela sino al ver que otros más elevados aún hacen cosa todavía peor, como puede verse en la carta del 23 de Marzo de 1783, que de este personaje publica Lucas de Montigny, cuando dice que: «Aún cuando apurando con pena la idea de que el nieto de nuestro abuelo, tal como le hemos visto discurrir por el paseo, descubrién-

dose de lejos ante él toda la multitud de grandes y pequeños, va ahora á figurar en la barra del zaguán disputando la práctica á los abogados enredones, me he dicho luego, que Luis XIV quedaría más sorprendido si viera á la mujer de su nieto en traje de labriega y con delantal, sin séquito, sin pajes, ni nadie, recorriendo el palacio y las terrazas, pedir al primer pillo con frac que le diera la mano que éste le presta tan sólo hasta el pié de la escalera.» En efecto, la nivelación de las maneras y de las exterioridades, no hace más que manifestar la de los espíritus y de almas. Si el antiguo decorado desaparece, es porque los sentimientos que anunciaba se desvanecen. Anunciaba la seriedad, la dignidad, la costumbre de contenerse y de estar en público, la autoridad, el mando. Era la ostentación fastuosa y rígida de un estado mayor social. Al presente la ostentación se desvanece porque se ha disuelto el

estado mayor. Si los nobles se visten de burgués, es porque ellos mismos se han convertido en burgueses, esto es, en ociosos que, retirados de los negocios, hablan y se divierten. Cierta que se divierten con gente de gusto y hablan con personas de buena sociedad. Pero no habrá gran dificultad en igualarles en este punto. Desde que el Tercer estado se enriqueció, muchos plebeyos llegaron á ser gente de

mundo. Los sucesores de Samuel Bernard no son ya Turcaréts sino Paris-Duverneys, Saint-James, Labordes, atildados, cultos de corazón y de inteligencia, dotados de tacto, de literatura, de filosofía, de beneficencia, dando fiestas y sabiendo recibir. Con un matiz muy parecido, se encuentra en su casa la misma sociedad que en la de un gran señor, las mismas ideas, el mismo tono. Sus hijos Mrs. de



Las calles de París en días de lluvia

Villemer, de Francueil, de Epinay tiran por la ventana el dinero tan elegantemente como los duquesitos con quienes cenan. Con dinero é imaginación, un recién medrado se desbasta pronto, y su hijo, ya que no él, será iniciado; algunos años de ejercicios en la academia, un maestro de baile, uno de los cuatro mil cargos que confieren la nobleza, le darán la exterioridad que le falta. Después, en aquel tiempo, desde el momento en que se sabían guardar las conveniencias, saludar y conversar, se tenía privilegio de entrada en todas partes. Un inglés, John Andrews en su *A comparative view*, p. 58, observa que una de las primeras palabras que se emplean para alabar á un hombre, es la de que «se presenta perfectamente bien.» La mariscal de Luxembourg,

tan altiva, escoge siempre por caballero suyo á Laharpe; en efecto, «¡da tan bien el brazo!» No solamente el plebeyo entra en el salón si está acostumbrado á ello, sino que si tiene talento reina en él. El primer puesto en la conversación y hasta en la consideración pública, corresponde á Voltaire, hijo de un notario, á Diderot, hijo de un cuchillero, á Rousseau, hijo de un relojero, á Alembert, niño abandonado, recogido por un vidriero; y cuando muertos los grandes hombres ya no hay más que escritores de segunda fila, las principales duquesas se contentan aún con tener á su mesa á Champfort, otro exposito, á Beaumarchais, hijo de otro relojero, á Laharpe, amamantado y criado por caridad, á Marmontel, hijo de un sastre de aldea, y otros mu-